

El cielo y el infierno

«El cielo y el infierno», parece el título de una película. Pero no, se trata de dos realidades contradictorias que el hombre encuentra más allá de la muerte. El mes de noviembre nos invita a repasar estas realidades, que nos afectan vitalmente.

El cielo es la vida feliz con Dios para siempre. Es el proyecto que Dios ha pensado para cada uno de nosotros. Dios no nos ha creado para hacernos sufrir. Dios nos ha creado para que seamos felices con Él, y esa felicidad no se acabe nunca. El cielo es la patria, es la meta, es la casa de Dios, que Él ha abierto para todos los humanos, para hacernos partícipes de su felicidad. Nuestro destino es el cielo.

Ahora bien, este proyecto de Dios Él mismo lo ha condicionado a nuestra libertad humana. Y el hombre libremente, en los albores de la historia humana, se ha apartado de Dios por el pecado, introduciendo en la historia el mal, el sufrimiento y la muerte. Esta catástrofe no tiene su origen en Dios, puesto que de Dios sólo procede el bien. Esta catástrofe la ha «inventado» el hombre, acarreándose su propia desgracia, su propia ruina. ¿Quién podrá salvarnos de esta desgracia? –Sólo Jesucristo es nuestro salvador.

Jesucristo ha venido para salvar al hombre de esta catástrofe que ha hundido al hombre en la peor de las miserias. Jesucristo ha recorrido los pasos del hombre alejado de Dios, y, por su muerte y resurrección, nos ha abierto el camino a la casa del Padre. El cielo es un sueño de Dios, que se hace posible al hombre por la muerte de Jesucristo, el Hijo hecho hombre. El hombre, en sus pasos perdidos, ha sido encontrado por Jesucristo, que lo ha cargado sobre sus hombros y lo ha llevado a la casa del Padre. Eso es el cielo, estar con Jesucristo, y que nunca se acabe.

El infierno, por el contrario, es apartarse de Dios, y apartarse para siempre. El infierno es la contradicción del plan de Dios. Dios que quiere que todos los hombres se salven puede encontrarse con la libertad obstinada del hombre que no quiere saber nada de Dios y le da la espalda. Mientras dura la etapa terrena,

todo hombre, por muy perdido que esté, es continuamente invitado por la misericordia de Dios a convertirse y volver a Dios. Si vuelve a Dios, Dios le perdonará, aunque sea en el último instante de su vida. Pero si le llega la muerte en situación de alejamiento de Dios por su culpa, quedará para toda la eternidad apartado de Dios.

«Morir en pecado mortal sin estar arrepentidos ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Dios para siempre por nuestra propia y libre elección. Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra «infierno»», nos enseña el Catecismo (CEC 1033). El hombre que ha sido creado para amar y ser amado puede truncar este proyecto. El infierno es precisamente verse en la incapacidad de amar y de ser amado, para siempre. Pensemos en el cielo con el deseo de ir con Dios. Y pensemos en el infierno para evitarlo con nuestra responsabilidad y con nuestra conversión permanente. Oremos unos por otros para que nadie se pierda eternamente.

Con mi afecto y bendición:

+Monseñor Demetrio Fernández